

Capítulo General de la Orden Cisterciense
Homilía para la Misa votiva del Espíritu Santo
en la apertura del Capítulo General
Roma, 7 de octubre de 2015

Lecturas: Joel 3, 1-5; Juan 7,37-39

Queridos Hermanos y Hermanas,

La Misa votiva del Espíritu Santo es el verdadero inicio de un Capítulo General, y de toda asamblea eclesial. Es como el hacer una inspiración profunda que permite comenzar un camino, o pronunciar una frase, o cantar una canción. Cada niño que nace, debe comenzar a vivir en el mundo con una gran inspiración, dando un gran respiro. Si esto no se da, el niño muere, se ahoga. Su corazón latía ya en el seno de su madre, pero la gran novedad del nacimiento es que el niño tiene que respirar. Y este acto fundamental de la existencia humana viene suscitado por una necesidad dramática que, por otra parte, coincide con el primer llanto del neonato. La necesidad de respirar, la necesidad de aire, de oxígeno, es el primer grito, la primera pregunta, quizá la primera oración, de nuestra vida. Nos falta algo sin lo cual no podemos vivir.

Quizá en este momento inicial de la vida el ser humano revive simbólicamente el instante misterioso en el que el primer Adán, modelado de la arcilla, recibió directamente de Dios el soplo de la vida, como lo relata el libro del Génesis: "Entonces, el Señor Dios modeló al hombre con el barro de la tierra e insufló en sus narices el aliento de vida y el hombre fue un ser viviente." (Gén 2,7).

Toda vida humana comienza de ahí, de ser esta materia, tierra, a la que Dios transmite un soplo de vida, que es una imagen simbólica, que trata precisamente de nuestra necesidad de respirar, para expresar un misterio mucho más profundo, el misterio de nuestra necesidad del Espíritu Santo para vivir de verdad, para ser de los "seres vivientes" que viven de la vida de Dios.

Por lo tanto, al comienzo de cualquier cosa, al comienzo de cada día, de cada tiempo de vida, de cada obra, y de cada encuentro, debemos, , volver a ser como niños apenas recién nacidos, "*quasi modo geniti infantes*" (1 Pe 2,2), cuya primera necesidad es la de recibir el soplo que les permita vivir. San Benito nos lo recuerda al comienzo de la Regla: "Ante todo, cuando te dispones a realizar cualquier obra buena, pídele con oración muy insistente y apremiante que [el Señor] la lleve a término" (RB Pról. 4).

No hay comienzo de una obra buena, no hay comienzo de una obra que llegue a su fin, si no partimos de nuestra necesidad del Espíritu Santo, para que se encarne en nuestros corazones, en nuestras vidas, en nuestros encuentros, en nuestras palabras, en toda nuestra humanidad. Toda obra es buena si es obra de Dios, si es obra animada por Dios, por el Soplo vital de Dios. Dios quiere que seamos nosotros los que obremos, que nuestra libertad actúe, que nuestras facultades se activen, que nuestra creatividad se exprese, pero solo si estamos animados por el Espíritu Santo nuestra

obra podrá cumplirse como obra buena de Dios. Y la única forma de injertarnos en la vida de Dios es el acto de nuestra libertad que pide, que ora, que pregunta. Y si la obra debe ser común, a Dios le gusta que le pidamos juntos, que pidamos unidos. Así es como se inicia y continúa siempre la gran obra de Dios que es la Iglesia: "Todos perseveraban unidos en la oración, junto a algunas mujeres y María, la madre de Jesús, y con sus hermanos" (Act 1,14). Nos lo recuerda precisamente hoy la memoria de la Virgen del Rosario.

"Sucederá después de esto que yo derramaré mi Espíritu en toda carne. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Hasta en los siervos y las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días." (Jl 3,1-2)

¿En qué consiste esta capacidad profética concedida a todos de la que nos habla Joel? En realidad, incluso ahora que los tiempos mesiánicos anunciados por Joel han llegado a su cumplimiento, incluso después de Pentecostés, vemos muy bien, como el mismo san Pablo, que no todos son apóstoles, ni profetas o maestros, no todos hacen milagros, ni hablan lenguas... (cfr. 1 Cor 12,29-30). Entonces, ¿en qué sentido somos todos profetas? Joel nos lo hace entender poco después: "el que invoque el nombre del Señor será salvo" (Jl 3,5).

El don profético universal, concedido a todos los creyentes, es el de saber a quién debemos invocar, conocer el Nombre divino, la Presencia divina, a quien dirigir nuestra solicitud, a la que suplicar la Salvación, el Sopro vital que nos permite vivir y que da la vida al mundo. Todos somos profetas si invocamos al Señor, pero también si manifestamos con nuestra oración a los demás, a todos, quién es ciertamente Aquel que nos salva de verdad; quién es Aquel que nos escucha, que está atento con ternura a todos los pequeños que le gritan.

Solamente quien suplica, quien ora, es profeta autorizado; solo quien invoca la salvación de Dios es un profeta creíble del que nos podemos fiar, al que podemos pedir el discernimiento que nos orienta, la corrección que nos vuelve al camino justo. Por esto, al comienzo de un Capítulo General, como de toda reunión en la Orden, en cada comunidad, es importante partir de la conciencia de que la verdadera profecía, la que nos iluminará en estos días, pero también la que estamos llamados a manifestar al mundo, es ante todo la profecía de la oración, de la invocación al Señor que nos salva. Somos profetas si damos testimonio de que la salvación la pedimos a Jesucristo, no a nosotros mismos, a nuestras fuerzas y capacidades, o al poder del mundo.

En el Evangelio que hemos escuchado, Jesús resalta su persona como Aquel que podemos y debemos invocar para obtener la Salvación. Jesús está puesto en pie y grita (Jn 7,37). Está claro a la vista y al oído, está claro para la fe, a quién debemos llamar, qué Nombre debemos invocar, qué Salvación podemos alcanzar. Jesús se define como Aquel a quien dirigirse para obtener el Espíritu en abundancia. "Ríos de agua viva" brotan de Su seno y de nuestro seno si damos a Cristo nuestra sed, si, sedientos, le suplicamos el agua viva.

Quien ofrece a Cristo su propia sed en la oración, se convierte en fuente de vida para los demás.

Por esto, también durante el Capítulo General, si queremos obtener mayor vida y vitalidad para nuestras comunidades, si queremos obtener el Espíritu Santo para la Orden, nuestra primera preocupación debe ser la de suplicar, la de llevar a Cristo nuestra sed, y llevarle la sed de los hermanos y hermanas a los que representamos, y de todas las personas que de un modo u otro nos son confiadas, que son confiadas a nuestra oración, a nuestro cuidado pastoral, a nuestro trabajo educativo, a nuestra acogida y asistencia.

No serviría de nada venir aquí con la pretensión de resolver nosotros mismos los problemas, o de ganar espacios de fuerza y poder para nuestras comunidades. Esta no sería la sed de Dios, sino la sed del dominio que no acoge el agua viva del Espíritu. Dios nos pide compartir entre nosotros nuestra debilidad, unir nuestras necesidades, comunicarnos los unos a los otros la sed que tenemos de Él, y la sed del mundo. Entonces podrán verdaderamente brotar ríos de agua viva, ríos de gracia de Cristo hacia nosotros, y desde nosotros a nuestros hermanos y hermanas, hacia todos. El Corazón de Cristo es una fuente de Espíritu Santo que se derrama tanto más abundantemente cuando más se alarga y profundiza la sed que se apaga en Él.

San Juan termina este episodio diciendo que cuando Jesús habló así “aún no había llegado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado” (Jn 7,39).

Habla de la glorificación de Jesús en la resurrección y ascensión al Cielo. Pero pienso que debemos entender esta palabra también en el sentido de la glorificación que nosotros mismos debemos dar a Jesús. Recibimos el Espíritu si damos gloria al Hijo, y a través de Él al Padre. Recibimos ríos de agua viva, si vivimos para la gloria de Cristo, si lo preferimos a Él, como nos enseña san Benito: "No anteponer nada absolutamente a Cristo" (RB 72,11).

La profecía es, por lo tanto, invocación, pero también preferencia. Es una súplica que prefiere, que glorifica, que se fía de Jesús más que de todos, más que de nosotros mismos. Una preferencia que pide todo solo a Cristo. Una petición que pide solo a Cristo. Y esto lo glorifica, y le permite derramar sobre nosotros su preferencia del Padre, el Espíritu Santo.

Nuestra responsabilidad es la de guiar esencialmente a nuestras comunidades, a cada uno de nuestros hermanos y hermanas, a orar prefiriendo a Jesucristo, rezar amando, glorificando y adorando al Señor. Entonces, el Espíritu nos podrá ser dado en abundancia, y la Orden y cada comunidad podrán llegar a ser verdaderamente proféticas, evangelizadoras, es decir, signos de la gloria de Cristo para el mundo entero.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abate Generale OCist